ce....Sale de la tierra, por decirlo así, como un gérmen celestial confiado por el mismo Dios á la humanidad degenerada, caida, y acalorada por nuestras miserias y fecundado por sus misericordias, arroja su tallo en el mundo y se convierte luego en un árbol frondoso que cubre á todos los pueblos con la sombra de sus ramas y los regenera con sus frutos.

La divina inteligencia con que escojió la circunstancia mas eficaz de su mision, precisamente porque era la mas opuesta á todas las ideas de los hombres: *el abatimiento*,—la caridad inmensa y la sobrenatural paciencia que le hicieron entrar en esas vias de sacrificio y que le obligaron á marchar por ellas con una constancia siempre igual, ó mas bien, con una constancia siempre creciente hasta la muerte, y muerte de cruz,—en fin, la omnipotencia con que del fondo de su misma corrupcion *la atrajo todo á sí* y se incorporó el mundo fundando en él un reino imperecedero de verdad y santidad siempre subsistente aunque siempre combatido,—todos estos caracteres de la venida y del reino de Jesucristo, nos le han mostrado como el verdadero salvador del mundo y el reparador del género humano.

Tal es el resúmen de la primera parte de nuestros *Estudios*.—Vamos ahora á hacer algunas observaciones, que serán como su complemento y conclusion.

## §. II.

I. La venida de Jesucristo no es, pues, como vulgarmente se cree, un hecho aislado, accidental y sin antecedentes en la historia del género humano: está enlazado con todos los siglos que le precedieron y con todos los que le han seguido.

En él se concentran todos los tiempos pasados,—de él salen todos los tiempos modernos.

Como las formas indecisas y fantásticas de que se reviste un objeto durante el sueño, se precisan y vuelven á su realidad al despertar, del mismo modo todas las tradiciones religiosas del género humano se han rectificado y absorbido en el gran mediador de los tiempos y de los sucesos, y han vuelto á entrar en la primitiva unidad de la cual se habian estraviado por todo el universo, de suerte que toda la humanidad podria dirijir á Dios estas palabras de S. Agustin, hablando de sí mismo: "Todo yo fuí dividido cuando me separé de tu unidad para perderme en el barullo y confusion de objetos inesplicables: dígnate reunir los pedazos de mí mismo, &c. (1)."

Jesucristo es todo lo que desearon las naciones, todo lo que adoraron bajo diversos nombres y á través de imágenes mas ó menos groseras é impuras:—es la realizacion de aquella *esperanza* que quedó en el fondo de la caja de *Pandora* y que debia compensar todos los males que de ella habian salido,—es aquel *Epafo*, niño prometido, que debia nacer *milagrosamente* de la *virgen Io*, para librar al hombre encadenado de aquel buitre roedor á quien una *mujer-serpiente* habia dado el sér,—es aquel *Dios del Olimpo, aquel hijo querido de un padre enemigo*, que debia ofrecerse para *tomar sobre sí nuestros sufrimientos*,—es aquel *Oro* descendiente de *Isis*, que debia vencer, *sin destruirla*, á la serpiente *Tifon*, autor del mal en la tierra, segun los egipcios, y que debia nacer de *Isis-vírgen*, segun los galos,—es el verdadero Hércules que debia ahogar á la *hidra* y devolver á los hombres los frutos de oro de aquel maravilloso jardin de que fueron lanzados,—es el *Mithra* de los persas, aquel *mediador*, vencedor de *Ahriman*, que hasta que vino á *obrar, hacer y procurar* la libertad de los hombres, *holgó y descansó por un espacio de tiempo que no es largo para un Dios*,—es el Wischnú de los indios, cuya encarnacion debia reparar los males causados por la gran serpiente *Kaliya*, el *Centeolt* de los mexicanos, que habia de triunfar de la ferocidad de los *demas dioses*, traer al mundo una benéfica reforma, y pelear con la *culebra* que habia seducido á la *madre de nuestra carne*,—el *Puru* de los salivos de América, que debia echar otra vez al infierno á la *serpiente* que devoraba los pueblos,—es en fin el Dios *Thor*, *primogénito de los hijos de Odin y el mas valiente de los dioses*, que debia luchar en singular combate con *la gran serpiente Migdard y perder la vida en la victoria*.—"Desechemos, dice Tertuliano, todas "esas impuras y groseras imágenes, desechemos "todas esas impúdicas supercherías de los misterios de *Isis*, de *Ceres* y de *Mithra*. El Verbo de "Dios, hijo de la eternidad, debia descender por sí "mismo de las alturas del cielo, como habia sido "vaticinado. Descendió en efecto, descansó en un "seno virginal, y el Verbo se hizo carne, y el misterio del linaje humano se consumó, y todos adoramos á un Dios-hombre (1)."

Hé aquí pues el *logos* de Platon, el *doctor universal* de Sócrates, el *santo* de Confucio, el *monarca universal* de las sibilas, el *rey* tan temible de los romanos, el *dominador* esperado en todo el Oriente;—hé aquí la víctima de las víctimas, cuya inmolacion debia poner término á todos los sacrificios;—hé aquí en fin el *Cordero de Dios que borra los pecados del mundo*,—el verdadero mediador, el verdadero Cristo.

Despues de Jesucristo (¡cosa notable y que confirma admirablemente cuanto dejamos dicho!) el género humano no espera ya nada, no piensa ya como antes en aquellos mediadores, en aquellos libertadores de que sus teogonías estaban llenas. Todos sus fantasmas desaparecieron para no volver; los sacrificios han cesado, la sangre no corre ya alrededor de los altares, y el hombre se dirije á Dios como á un padre con quien se ha reconciliado.

¿Quién no descubre la sencilla consecuencia que se desprende de un hecho semejante?—Si la esperanza universal suponia la promesa, ¿qué supondrá la cesacion de la esperanza mas que su entero cumplimiento?

En efecto, nótese bien: el género humano no ha dejado de creer en la necesidad de un mediador y

[1] *Confes.*, lib. 2.

(1) Apologet., c. 21.



de una víctima; pero no siente ya la precision de buscarlos y figurarselos, porque tiene ya el mediador y la víctima por escelencia. Contempla á Jesucristo, y cree en la eficacia del hecho consumado de su mediacion del mismo modo que antes suspiraba por su futuro cumplimiento. No alimenta ya la idea indefinida de una rehabilitacion que ha de venir: se recoje dentro de sí mismo y encuentra en su seno una fuente abierta de regeneracion y santidad que satisface todas sus necesidades y hasta escede todas sus concepciones, todos sus apetitos y deseos. Jesucristo antes de venir y despues de haber venido, corresponde á todas las tendencias y a todas las inclinaciones de la humanidad, como la cumbre corresponde á las dos vertientes de la montaña y como la clave de una bóveda sostiene las varias partes del edificio y mantiene su unidad.

Pero este encadenamiento se hace principalmente sensible en las relaciones del judaismo con el catolicismo: el judaismo, como hemos visto, ofrecia la parte mejor conservada de las tradiciones, y podia ser considerado bajo este respecto como el compendio y la espresion mas verdadera y mas perfecta de la humanidad religiosa en los tiempos antiguos.—Lo mismo le sucede al catolicismo respecto de los tiempos modernos.—De modo que colocándonos sobre esta línea, descubrimos mas claramente y con mucha mas uniformidad y consecuencia lo que hay desordenado y embrollado en todo lo restante. Desde allí se nos aparece el Cristo como un gigante que sale del punto mas lejano del horizonte, lo encorva todo á su paso, y poco á poco va llenando el espacio hasta que alcanza á su enemigo y le oprime con el peso de su triunfo, que nadie en adelante puede disputarle. Es tambien como una luz que empieza á despuntar desde la caida del primer hombre, se enrojece en tiempo de los patriarcas, ilumina con sus rayos á los profetas, como las altas cimas de los montes, y su disco aparece en fin sobre el horizonte é inunda los valles con sus fuegos sin llegar nunca al ocaso. Ultimamente y para hablar sin figuras, la grande autoridad de Moises, que hemos examinado y contemplado y en la cual se resumen todas las tradiciones patriarcales desde los dias de la creacion, sirve de punto de partida á la sinagoga, que acompañada de todos sus profetas se presenta á Jesucristo que la recibe y la absorbe en la realizacion de cuanto ella misma habia figurado y esperado, y despues la Iglesia católica con sus pontífices forma en seguida como la continuacion de Jesucristo que la engendró y la conduce atravesando los siglos al seno de la eternidad.

¡Qué sublime unidad! El católico que está adherido á la fé de la Iglesia hace parte de una inmensa cadena, que se remonta por medio de Jesucristo á todos los tiempos antiguos y cuyo primer eslabon está atado á la misma cuna del mundo.

"La Iglesia católica, dice Bossuet, atraviesa y "llena todos los siglos anteriores por medio de un "encadenamiento que no se le puede disputar. La "ley viene á parar al Evangelio, y la sucesion de "Moisés y de sus patriarcas no compone mas que "una sola serie con Jesucristo: ser esperado, venir "y ser reconocido por una posteridad que durará "tanto como el mundo, es el carácter distintivo del "Mesías en quien creemos. Cuatro ó cinco hechos "auténticos y mas claros que la luz del sol presen- "tan á nuestra Religion tan antigua como el univer- "so, y manifiestan por consiguiente, que no tiene "otro autor que el mismo que crió al mundo, y que "solo él, que lo tiene todo en su mano, ha podido "concebir y llevar á término un designio en el que "todos los siglos se hallan comprendidos (1)."

Llegados a esta altura, parece que ya nada hay mas allá, y que tenemos á nuestra vista todo el plan de la Religion, pero no; todavía podemos remontarnos algo mas, y el águila de Patmos nos tomará sobre sus alas desde el sitio en que acaba de dejarnos el águila de Meaux.

II. "En el principio era el Verbo, y el Verbo era "con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas "fueron hechas por él. En él estaba la vida, y la "vida era la luz de los hombres. Era él la luz "verdadera que ilumina á todo hombre que viene á "este mundo. En el mundo estaba, y el mundo no "le conoció, y la luz en las tinieblas resplandeció, "mas las tinieblas no la comprendieron. Vino por "fin á su heredad, y los suyos no le recibieron. Y "el *Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros*, y "vimos su gloria, que es la del Unigénito del Padre, "lleno de gracia y de verdad."

¡Qué profundidad! El evangelista penetra con su perspicaz mirada hasta las entrañas de la luz, y nos descubre la mas sublime unidad (2)."

El Cristo esperado por todos los siglos que le precedieron, reconocido por todos los que le han seguido, é influyendo igualmente sobre todas las edades que tiene como suspendidas de su persona, es sin duda un espectáculo divino; pero S. Juan nos descubre la accion de Jesucristo sobre el mundo de una manera mas inmediata.

En efecto, cuanto hemos dicho podria aplicarse hipotéticamente á una criatura de privilegio en la cual hubiese Dios querido vincular los destinos religiosos del género humano, haciéndola esperar, venir y reconocer como el instrumento de sus designios en el órden espiritual.

Pero además de que se encuentra esta hipótesis destruida por su basa, puesto que el mismo Jesucristo se ha anunciado y héchose reconocer y ado-

(1) *Historia universal*.—La misma verdad se escapó acaso involuntariamente de los labios de Voltaire:—"El judaismo, dice, el sabeismo y la religion de Zoroastro se arrastran por el "polvo; el culto de Tiro y de Cartago desapareció con estas opulentas ciudades; la religion de Milciades y de Pericles, la de "Paulo Emilio y de Caton, no ecsisten ya; la de Odin se estinguió; la misma lengua de Osiris, que fué despues la de los Tolomeos, es desconocida de sus descendientes; y *el teismo puro "no ecsistió jamás*. Solo el cristianismo ha quedado en pié á "través de tantas vicisitudes y en medio del estrago de tantas "ruinas, inmutable como el Dios que lo fundó. *La verdad permanece para siempre, y los fantasmas de la opinion pasan como los sueños del calenturiento:* segun todos creen, la religion "subsiste hace ya cuatro mil años, y las sectas nacieron ayer. "ME VEO OBLIGADO A CREER Y ADMIRAR." (Véase la *Razon del "Cristianismo*.)

(2) Los filósofos *neo-platónicos* nada encontraban tan sumamente bello como este pasaje de San Juan, y decian que debia escribirse con letras de oro en todas las escuelas de la sabiduria.

rar como Dios, lo cual no podria ser una impostura sino admitiendo que el mismo Dios, que la habria autorizado, seria su cómplice y aun su autor;—ademas, digo, de esta razon decisiva y que jamás se contestará,—la sublime teología de S. Juan, que es la de todas las santas Escrituras, no nos deja duda alguna sobre este punto.

El Cristo ecsistia realmente antes de tomar un cuerpo mortal, ecsistia en el mundo, preecsistia al mundo y á su formacion; preecsistia no solamente al mundo que vemos, sino á todos los mundos, á todas las criaturas terrestres y celestes, visibles é invisibles, en una palabra, á todo lo criado, pues todo lo criado lo ha sido por él, y la vida que fué dada á todas las cosas estaba antes en él como en su divina fuente.—Procedia de Dios, estaba en Dios y era Dios desde el principio, es decir, desde antes de todo principio, y en esa eternidad en que nada habia mas que solo Dios.

Tal vez se creerá que es traspasar los límites de un estudio filosófico dirijir nuestras miradas á misterio tan profundo, en el cual no podemos menos de perdernos y cegarnos: tranquilícese el lector; porque este es precisamente el canal por donde queremos entrar á toda vela en el puerto de nuestro asunto.

Suplicamos á los lectores que fijen particularmente su atencion en lo que vamos á decir.—Recuérdese cuanto llevamos dicho acerca de la necesidad de una primera revelacion, lo que hemos espuesto además sobre la religion natural considerada como culto de la *razon*, y en fin, lo que hemos escrito sobre la ecsistencia de Dios probada por la ecsistencia de las *verdades necesarias*.—Todo cuanto hay de verdad en el mundo, hemos dicho, entendiendo hablar de la *verdad-principio*, no puede ser producto de la inteligencia humana; porque cada hombre nada trae consigo al venir al mundo, y solo se alumbra con la luz ecsistente en la tierra antes que él, y á la cual se dirije para encender la antorcha de su razon privada. Esta luz de los espíritus, considerada en su principio, ecsistia pues antes que los hombres, y su primer manantial, foco ú orígen no puede estar mas que en el autor de todas las cosas, que despues de haber criado á la inteligencia humana apta para esta luz, la asoció á su posesion.—Pues bien, esta luz, que es como el sol de las inteligencias y el alimento de los corazones, es la *razon*, la *sabiduría*, la *verdad*.—No somos nosotros esta *razon*, esta *sabiduría*, esta *verdad*, ni está contenida en nosotros mismos, de modo que cada uno tenga su razon, su sabiduría y su verdad; pues no hay mas que UNA *razon*, UNA *sabiduría*, UNA *verdad*. Es la misma siempre, en todas partes, para todos los hombres y para todos los espíritus, sin esceptuar al mismo Dios: hace *racionales* y *sabias* á todas las criaturas y al mismo criador, con la sola diferencia entre el Criador y las criaturas, que aquel es la sustancia de esta luz de los espíritus y que se obedece á sí mismo obrando conforme á ella, pudiendo únicamente él decir con toda propiedad *mi razon, mi sabiduría, mi verdad*. Su divina inteligencia la concibe, la engendra, la derrama sobre todas sus obras, la comunica á todas las inteligencias, sin dejar de ser su eterno foco y su fuente inagotable, porque le es *consustancial*. Nuestras inteligencias fueron criadas para poseerla y gozarla, y participar por su medio de la semejanza y sociedad de Dios, de modo que de esta sociedad y semejanza provienen las ilusiones que nos hacen creer que la *razon* nos es propia, hasta el punto de desviarnos, en medio del orgullo que su posesion nos inspira, del único foco que la comunica, como un niño que quisiese guardar los rayos del sol quitándolos de su cuerpo luminoso; pero las necedades é innumerables errores en que á cada paso caemos y que, haciéndonos perder la *razon*, nada sin embargo alteran en la RAZON, que al contrario parece crece y se aumenta á medida que mas de ellas nos alejamos, demuestran claramente que esta última es un divino modelo del cual no somos mas que imágenes desfiguradas y sobre el cual debemos regularnos.

Oigamos cómo la filosofía proclama por boca de Ciceron estas hermosas verdades:

"No, dice, ecsistia ya una razon, *emanada del* "*principio de las cosas*, que inclina al bien y apar- "ta del mal. Esta razon no ha empezado á ser ley "tan solo el dia en que ha sido escrita, sino que lo "es desde el dia en que nació; y debe advertirse "que *es contemporánea de la inteligencia divina*,— "*orta autem simul est cum mente divina*.—De modo "que la ley verdadera y primitiva, que es la que "manda y prohibe, es *la recta razon de Dios* [1]."

"*Esta recta razon de Dios*, dice el mismo en otra "parte, *una vez introducida y desarrollada en el es-* "*píritu del hombre*, es la ley.... Supuesto pues "que la *razon está en Dios y en el hombre*, hay una "primera sociedad de razon entre el hombre y Dios, "una semejanza del hombre con Dios. Por esto "se nos puede llamar la *familia*, la *raza* ó la estirpe "de los séres celestiales. De donde se sigue que "para el hombre, *reconocer á Dios, es reconocer y* "*confesar el origen de donde ha salido* (2)."

Ahora bien,—y este es el punto esencial, *esa recta razon de Dios, contemporánea de la inteligencia divina, de la cual emana* esa luz natural y universal de todas las inteligencias,—es el *Verbo*,—y el Verbo—es *Jesucristo*.

[1] *De legibus*, lib. 2.
[2] *Ibid.*, lib. 1.—Mallebranch ha esplicado mas filosóficamente esta verdad en el pasaje siguiente: "Ciertamente no es "el hombre para sí mismo la sabiduría y la verdad. Hay una "razon universal que ilustra á todos los espíritus, una sustancia "inteligible, comun á todas las inteligencias, sustancia inmuta- "ble, necesaria y eterna. Todos los espíritus la contemplan sin "que se sirvan de obstáculo unos á otros; todos se alimentan de "ella sin disminuir nada de su abundancia. Se da toda entera "á todos y á cada uno, pues todos los espíritus pueden ocupar- "se de una misma idea al mismo tiempo y en distintos lugares. "No pueden dos hombres alimentarse con una sola fruta. To- "das las criaturas son bienes particulares que no pueden por lo "mismo llegar á ser nunca un bien general y comun: los que las "poseen privan de ellas á los demás y les impiden su goce. "Mas la razon es un bien comun que une en perfecta y durade- "ra amistad á los que la poseen: es un bien que no se divide por "la posesion, ni se limita á un espacio, ni se corrompe con el "uso. La verdad es indivisible, inmensa, eterna, inmutable é "incorruptible.—Pues bien, esta sabiduría comun é inmutable, "esta razon universal, es la sabiduría del mismo Dios, la misma "por la cual ó para la cual todos hemos sido criados. Criónos "Dios para unirnos á su sabiduría, y hacernos por ella el honor "de contraer con él una íntima y eterna sociedad, y poder lle- "gar á ser tan semejantes á él como es capaz de serlo una cria- "tura." (*Tratado de Moral*, c. 3.)



No queremos adelantar ningun concepto, y para entrar gradualmente en el verdadero sentido de esta divina filosofía, procurarémos ir marchando por deducciones metódicas.

Tres cosas hay que esplicar:

1.° La razon universal de los espíritus es lo que en teología se llama *el Verbo*.

2.° El Verbo ó la razon vino al mundo en la persona de Jesucristo.

3.° ¿Por qué se encarnó la razon, y se nos dió bajo esta forma? Y ¿por qué debemos creer en ella?

1. De todo el contesto de las santas Escrituras se desprende que lo que en alta y recta filosofía se llama la razon es idéntico á lo que en teología se llama *el Verbo*.

Véase cómo refiere S. Juan la generacion del Verbo:—"En el principio era el Verbo, dice, y el "*Verbo era Dios*. En él estaba la vida, y la vida "era *la luz de los hombres, la luz verdadera, que* "*alumbra á todo hombre que viene á este mundo*."—El evangelista estiende todavía mas aún sus sublimes miradas cuando añade, que no solo fué hecho segun este tipo el mundo de las inteligencias humanas, sino tambien el mundo de los cuerpos, el de los mas puros espíritus, y el de todo cuanto ecsiste, porque todas las cosas ecsisten por medio de admirables combinaciones, por leyes llenas de *sabiduría y de razon* que las han distribuido y mantienen con número, peso y medida, y sin las cuales volverian á entrar en el caos y en la nada; de manera que puede decirse con suma verdad, que "to- "das las cosas fueron hechas por él (el Verbo ó la "razon divina), y nada de lo que fué hecho se hi- "zo sin él:"—*Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est*.

Pero esta teología no es una mera concepcion de S. Juan; encontrámosla mucho antes que él ecsistiese, en los libros hebreos, espresada en términos que prueban que es el mismo espíritu el que en todo tiempo la ha dictado.

"Toda sabiduría procede de Dios, dice el *Ecle-* "*siástico* (cuyo autor vivia doscientos años antes "de Jesucristo), y *estuvo siempre con él, desde an-* "*tes de todos los siglos*.—La sabiduría fué creada "antes que todas las cosas, y la luz de la inteligen- "cia en el principio de los tiempos. *El Verbo de* "*Dios desde las alturas del cielo es la fuente de la* "*sabiduría, y sus caminos son los mandamientos eter-* "*nos* (1). El Altísimo la creó en el Espíritu San- "to, y la vió, la contó y la midió, y la *derramó so-* "*bre todas sus obras* y sobre toda carne, conforme "á la division que de ella habia hecho, y la conce- "dió á los que la aman (2)."

Salomon habia tambien escrito:—"Dice la *Sabi-* "*duría:* el Señor me poseyó en el principio de sus "caminos, desde el principio antes que criase cosa "alguna. Desde la eternidad fuí ordenada, y desde antiguo, antes que la tierra fuese hecha. Aun "no eran los abismos, y yo ya era concebida.... "Cuando él preparaba los cielos estaba yo presen- "te.... con él estaba yo *concertándolo todo;* y me "deleitaba cada dia, regocijándome en su presen- "cia en todo tiempo, regocijándome en la redondez "de la tierra, y mis delicias son estar con los hijos "de los hombres (1).—Yo la Sabiduría moro en el "consejo, y asisto á los pensamientos juiciosos. Mio "es el consejo y la equidad, mia es la prudencia y "la fortaleza. Por mí reinan los reyes, y los legis- "ladores decretan lo justo, y los poderosos admi- "nistran justicia (2)."

Esta es sin duda la ley de las leyes de que habla Ciceron, la razon soberana y universal, la sabiduría, la verdad.—"Ella es (nótense bien estas be- "llas y profundas espresiones) el vapor de la virtud "de Dios y la pura emanacion de la claridad del "Omnipotente, el esplendor de la eterna luz, el es- "pejo sin mancha de la majestad de Dios y la imá- "gen de su bondad. Tiende á sus fines con forta- "leza, y prepara todos sus medios con suavidad. "Es una, y todo lo puede; y aunque siempre inmu- "table en sí misma, renueva todas las cosas. Se "derrama por todas las naciones, en las almas san- "tas, y forma los amigos de Dios (3)."

Es imposible no reconocer en todos estos caracteres reunidos á *la razon universal de los espíritus* que antes hemos definido segun la buena filosofía y con Ciceron, "la recta razon de Dios, emanada del "principio de las cosas y tan antigua como la divi- "na inteligencia."—Hé aquí lo que es el *Verbo*.

El *Verbo* se llama tal, porque el *pensamiento* es lo que constituye esencialmente la razon, y al pensamiento le está siempre inherente la palabra: *verbum*. No puede concebirse verdad alguna sin su espresion. Por consiguiente, la *verdad* concebida eternamente por Dios, es la *palabra* de Dios, el *Verbo* de Dios. Esta palabra del Padre es la que siempre ha hablado, habla y eternamente hablará á los espíritus, al corazon y al entendimiento de todos los hombres, á los chinos y á los tártaros, á los europeos y á los americanos, á los cielos, á la tierra y á los abismos del infierno. De todos se hace comprender igualmente cuando le place hablarnos, y sus palabras son leyes que todos estamos obligados á observar.

El *Verbo* es tambien llamado *hijo de Dios*, porque entre la inteligencia que concibe, y la verdad que es concebida, hay un vínculo de generacion. Decimos que nuestras concepciones son hijas de nuestra inteligencia, porque en efecto esta las engendra espiritualmente; pero en realidad menos son *concepciones* de nuestra inteligencia que percepciones de la verdad soberana que es la única y verdadera *concepcion* de la inteligencia divina. "La ver- "dad ó la razon, dice admirablemente Ciceron, no "empieza á ser tal solamente desde el dia en que es "recibida, sino desde el dia en que nació; pues bien, "sépase que es contemporánea de la inteligencia

[1] *Fons sapientiae* VERBUM DEI *in excelsis, et ingressus illius mandata aeterna.*
[2] *Ecclesiástico*, cap. 1.

(1) *Proverbios*, cap. 8, v. 22.
(2) *Proverbios*, cap. 8, v. 14.
(3) *La Sabiduría*, cap. 7 y 8.

"divina."—Además, á diferencia de nuestras concepciones, que cambian, pasan, mueren, se suceden y ya no nos pertenecen una vez publicadas, la razon divina ó el Verbo de Dios, siempre engendrado por su inteligencia, le queda siempre inherente por la sustancia. Emana incesantemente de él "y "nunca se le desprende, como el vapor de su vir-"tud, ó mas bien, como la pura emanacion de su "claridad y el esplendor de su eterna luz, *Dios de* "*Dios, luz de luz, consustancial á su padre* (1)."

Hé aquí lo que es el *Verbo, Hijo de Dios:*—la *Sabiduría* increada, la *Verdad* eterna, inmutable, necesaria, la *Razon* natural y universal de todas las inteligencias.

2. Ahora añadirémos que esta *Razon* manifestada visiblemente es tambien Jesucristo.

Originariamente y en la primitiva efusion de esta luz, la inteligencia del hombre habia estado impregnada en ella, y brillaba con su claridad como un cristal con los rayos del sol; pero bien pronto, habiendo querido el hombre sustituir á esta emanacion de la ciencia divina una ciencia que le fuese propia y que le diese un Verbo independiente de aquel por quien todo habia sido hecho, cayó en inmensas tinieblas morales donde se hubiera abismado su inteligencia para siempre, si Dios no se hubiera dignado dejar subsistir aun en ellas algunos rayos de su verdad, de su Verbo, que constituyen esta débil é incierta claridad que llamamos razon natural, y que no nos descubre mas que ruinas como la opaca luz de una lámpara colocada en medio de sepulcros.

Penetrado de esta idea escribia Sócrates aquellas memorables palabras en las cuales se halla compendiada toda la filosofía natural:—*Todo lo que sé consiste en saber que no sé nada;*—y Ciceron estas otras:—*En la inteligencia del hombre no hay mas que unos restos de no sé qué fuego divino de inteligencia y de espíritu.*

No obstante, estos cortos restos de razon divina mantenian al mundo en sociedad con Dios. Todo lo que hubo de verdad, de sabiduría, de justicia y de moralidad entre los hombres; todo lo que hablaba á la razon ó á la conciencia antes del cristianismo, participaba, en pequeño grado solamente, de la naturaleza del *Verbo*, porque éste, como dice San Juan, "era la luz que ilustra á todo hombre "que viene á este mundo,"—derramándose por todas las naciones en las almas santas y formando los amigos de Dios, como dice el libro de la Sabiduría.

Pero lo que principalmente establecia la sociedad del hombre con Dios, era la esperanza y espectacion de un retorno mas completo é inmediato de esta misma razon, de este mismo Verbo al mundo, sobre la fé de la promesa hecha en el principio y que hallamos consignada en todas las tradiciones del universo. En semejante situacion, el mundo se hallaba en el crepúsculo de la tarde, entre la luz de la víspera, que poco á poco se iba amortiguando, y la del dia siguiente, que debia volverle á dar la claridad y la vida; y en medio de esta noche brillaban, sin embargo, las tradiciones y profecías, que eran como esos astros que reflejan sobre la tierra la perdida luz del sol cuando éste se halla fuera del horizonte, y nos consuelan de su ausencia haciéndonos esperar su alegre vuelta.—Así, en medio de las espesas tinieblas del politeismo en que estaba el mundo sumido, y en cuyo seno el género humano lo confundia todo y se iba precipitando de abismo en abismo, cuanto se habia conservado, cuanto habia quedado del antiguo esplendor de sabiduría y razon, era como pequeñas partículas de la verdad primitiva, que mas tarde debia volver á aparecer sobre el horizonte y difundirse por el mundo en Jesucristo.

La idea que, en la pureza de sus tradiciones, alimentaba el antiguo judaismo del Mesías esperado, era ecsactamente conforme á esta doctrina, y en los comentarios de los libros santos por los rabinos, que eran los mas acreditados aun entre los judíos, se encuentra en el *Medrasch-Thauhhuma*, el siguiente pasaje:—"¿Sabeis cuál es esa gran luz que des-"cubrirá el pueblo marchando por las sombras de la "muerte? Es la luz del primer dia de la creacion, "que Dios ocultó á la vista de los hombres hasta que venga el Mesías.—Esta luz es el mismo Me-"sías (1)."

Entre las grandes ráfagas de luz que, á través de la noche de los tiempos iluminaban la figura de Jesucristo, y proféticamente le mostraban como la gloriosa luz de las naciones, vemos tambien en Isaías estas palabras:—"Llegará un dia en que mi pueblo "sabrá mi nombre, porque entonces le diré: *Yo, el* "*mismo que en otro tiempo os hablaba, vedme aquí* "*presente: Qui loquebar ecce adsum;* (2) es decir: yo, que hablaba interiormente por la conciencia y la razon y al esterior por la inspiracion de mis Escrituras, yo la *Verdad*, yo el *Verbo*, yo ya no solamente hablaré, sino que me manifestaré, me haré ver, y diré: *Yo, el mismo que en otro tiempo os hablaba, vedme aquí presente.*

La misma idea se descubre igualmente en este pasaje de Baruch:—"¿Quién subió al cielo y tomó "*la sabiduría*, y la hizo descender de lo alto de las "nubes?.... El que lo sabe todo, la conoce.... "Este es nuestro Dios, el que ha encontrado todos "los caminos de la *verdadera ciencia*, y la ha dado "á Jacob su siervo y á Israél su amado, y *despues* "*de esto se ha dejado ver en la tierra y ha conversa-*"*do con los hombres.... Posi haec in terris visus* "*est, et cum hominibus conversatus est.*" (3).

Dando cumplimiento á estas palabras, aparece el Verbo de Dios entre los hombres, y abdicando todos sus títulos, dice á la tierra:—"Yo soy la ver-"dad y la vida;—"yo soy la luz del mundo;—yo "soy el Cristo, Hijo del Dios vivo;—yo soy el ca-"mino que conduce al Padre, y nadie puede llagar "al Padre sino por mi conducto.—Abraham vió mi

(1) *Deum de Deo, lumen de lumine, consubstantialem Patri.* (Símbolo de los Apóstoles.)

(1) *Medrasch-Thauhhuma*, sec. Noahh. fol. 5.—Véase la 2 *carta del sabio bibliotecario de la propaganda*, cap. 2, y las *Cartas sobre Jesucristo* por Rosiñol, p. 320.
(2) Isaías, cap. 42, ver. 6.
(3) Baruch. cap. 3, v. 29, 38.



"dia; porque en verdad os digo que antes que Abra-"ham fuese, ya ecsistia yo (1)."

Así S. Juan, despues de haber dado de Jesucristo, bajo el nombre de *Verbo*, aquella sublime definicion que nos le representa como la razon universal que *ilustra á todo hombre que viene á este mundo*, termina con estas palabras: *Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, que es como la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.*

En fin, el mismo evangelista, *el discípulo amado de Jesus*, que con preferencia á todos los demas habia sido admitido á las íntimas comunicaciones del Verbo, y que, reclinando la cabeza sobre su pecho, habia conocido esperimentalmente, si me es lícito esplicarme así, su humanidad y divinidad, da de él testimonio por estas enérgicas palabras de su primera epístola:—"Os anunciamos el Verbo de vida que "fué desde el principio, que oimos, que vimos con "nuestros ojos, que miramos de cerca, y que *palpa-*"*ron nuestras manos*.... Y la vida fué manifestada, "y la vimos, y damos de ella testimonio, y os anun-"ciamos esta vida eterna, que era en el Padre, y "*nos apareció á nosotros:* os anunciamos lo que *vi-*"*mos y oimos*, para que tengais tambien vosotros so-"ciedad con nosotros, y que nuestra sociedad sea "con el Padre y con su Hijo Jesucristo."

En este punto no cabe ya equivocacion: aquel personaje estraordinario que se dejó ver en el mundo bajo el reinado de Tiberio, aquel Hijo de María, que fué crucificado entre dos ladrones,—que cuarenta siglos estuvieron esperando y que diez y ocho siglos adoran,—no es solamente una criatura de privilegio, elevada en sabiduría sobre todos los mortales, es la misma *Sabiduría, la Verdad* en persona, *la Razon universal* de las inteligencias que por su medio se comunican como la inteligencia divina de la cual es el pensamiento eterno y el Verbo consustancial.—Ella es la que fué hecha hombre para venir á levantar al hombre caido y restablecerlo en santa sociedad de razon con Dios.

3. ¿Por qué se encarnó la razon, y se nos dió bajo esta forma?—Este es el último punto que nos falta ecsaminar.

Para desenvolverlo bien y no dejarle mas que lo que tiene de puramente filosófico, tenemos necesidad de decir algunas palabras á aquella antigua objecion de la incredulidad, sacada de la inadmision del *hecho* de la encarnacion divina, como materialmente inadmisible ó imposible:—¡Un Dios hombre! dice, ¡qué misterio! ó mas bien, ¡qué absurdo!

¡Absurdo!....y ¿por qué?....Seria preciso que se nos esplicase antes lo que es Dios y lo que es el hombre, para poder decir que su union es un absurdo.

¡Misterio!....convenido; pero ¿cómo podria no serlo?....Dios es un misterio para todos; todos decimos que el hombre es tambien un misterio para sí mismo, y ¿queremos que no lo sea un Dios-hombre?—Es un orgullo bien necio rechazar ó solamente resistirse á admitir esta verdad por la única razon de que es un misterio; porque esto es decir: comprendo todo lo restante, comprendo lo que es Dios, me comprendo á mí mismo, y por consiguiente debo tambien comprender lo que sea un hombre-Dios, ó desechar esta verdad si no la comprendo.—¡Qué ignorancia peor que la que se desconoce ó se ignora á sí misma hasta tal punto!

Para confundirla, manifestémosle que el hombre aislado, solo es un misterio tan grande, ó mejor, *un misterio mas grande* que el hombre-Dios.

¿Hay en efecto algun misterio mas incomprensible que la sociedad del alma y del cuerpo, la union del espíritu con la materia, el enlace del pensamiento con el cerebro, esta *encarnacion* de la inteligencia, de la cual somos para nosotros mismos inapeable espectáculo? ¿De qué modo esta alma, que por la memoria, el pensamiento y el raciocinio recorre de una sola ojeada todo el campo de la historia y llega hasta los límites del tiempo, abraza y penetra el universo de su contemplacion, desprecia lo posible, y deja casi siempre lo real, lo finito, lo visible, para espaciarse en lo ideal, lo infinito é invisible, y no detenerse ni aun en presencia de la naturaleza de Dios, en la cual se goza perdiéndose;—de qué modo, repetimos, puede esta alma permenecer unida á un cuerpo?—Hé aquí un gran misterio, que está dentro de nosotros mismos.—Admitiendo pues este misterio, ¿por qué nos ha de ser difícil admitir *la adjuncion de la suprema inteligencia á una inteligencia ya por sí misma tan misteriosamente unida á un cuerpo?* Nótese bien; esta es la asociacion que la fé nos hace ver en Jesucristo.—No es *un Dios hecho cuerpo*, sino un Dios *hecho hombre*.—El hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y la divinidad vino á unir su naturaleza á este compuesto; de suerte que la persona de Jesucristo es á la vez cuerpo y alma (hombre y divinidad.)

De aquí inferimos que el hombre solo presenta en alguna manera un misterio mayor que el hombre-Dios.

Y en efecto, ¿la union de la inteligencia á la pura materia ¿no es mas inconcebible que la de la inteligencia á la inteligencia, estando ya esta unida á un cuerpo? Conforme dijimos ya en otro lugar, hay entre nuestro espíritu y nuestro cuerpo, por mas unidos que estén por la fé, una *dualidad* de naturaleza, y hasta una esclusion de principios, que hace que su union parezca implicar no solamente un misterio, sino aun una contradiccion, pues que el uno es esencialmente *material* y el otro esencialmente *inmaterial;* mientras que entre nuestro espíritu y otro espíritu distinto, como por ejemplo el de Dios, no hay mas que una distancia de perfeccion, que aunque infinita, *tiende* á desaparecer, pues que nos ha criado para que nos parezcamos y nos unamos á él.—Aliándose la razon divina con la naturaleza humana debió de encontrar en esta última un principio espiritual que no le era absolutamente estraño, y que procedia de ella; *in propria venit:* esta es la razon, la razon que, segun Ciceron, *está en Dios y en el hombre, y constituye una semejanza y una sociedad entre el hombre y Dios*, aunque S. Juan dijo

(1) Evangelio.